

Sobre la tecnología

Oriol Quintana



SOBRE LA TECNOLOGÍA

Oriol Quintana

Introducción: ¿Qué es la mentalidad tecnológica?	3
Dos tecnologías muy distintas	5
El medio social. Humanismo y tecnología	8
El problema del desarraigo. Expulsados de nuestra casa	14
La religión antigua como refugio	25
Notas	30
Preguntas para la reflexión	32

Oriol Quintana. Profesor en la Càtedra d'Ètica i Pensament Cristià en el Institut Químic de Sarrià (Universitat Ramon Llull). Es doctor en Humanidades por la Universitat Pompeu Fabra. Sus últimas publicaciones no académicas son el libro *La Pereza* (2019), *Filosofía para una vida peor* (segunda edición de 2021), *La condición del hombre corriente. Ensayo sobre el Humanismo de George Orwell* (2022). Participa en el área teológica de Cristianisme i Justícia.

ESTA PUBLICACIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE. Colabora
con Cristianisme i Justícia: Bizum código 05291
cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 23546-2022
ISBN: 978-84-9730-528-0, ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Ignasi Flores. Edición: Santi Torres
Traducción: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Enero 2023

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ ES LA MENTALIDAD TECNOLÓGICA?¹

Una tecnología presupone una mentalidad. Imagínese usted que es una mujer que quiere formar una familia. Empieza a buscar un hombre que pueda ser el padre de sus hijos, pero no lo encuentra, por el motivo que sea.

De hecho, encontrar un hombre no es tarea fácil. Incluso, si encontrara alguno que, mínimamente, le convenciera, no tendría ninguna garantía de que pudiera ser un buen padre o, incluso, que pudiera ser padre en el sentido clínico de la expresión. Por lo tanto, llega a la conclusión de que lo mejor es criar al hijo usted sola. No obstante, es necesario quedarse embarazada. Pero eso también es un problema y una molestia, porque no le apetece pedirle algo así a ninguno de sus amigos. Entonces, usted recurre a la tecnología para solucionar el problema y descubre que, de hecho, sí, la tecnología dispone de una solución eficaz y eficiente.

La solución más eficaz y eficiente, la mejor manera de formar una familia es ir a una página web donde se puede comprar esperma. Hay un banco buenísimo en Dinamarca que le mandará una muestra a su domicilio con las instrucciones correspondientes. Finalmente, decide hacerlo. Paga con la tarjeta de crédito, recibe el esperma, sigue las instrucciones; a los pocos días comprueba que está embarazada, *et voilà*, ha formado una familia, de forma limpia, cómoda y eficiente.

Probablemente haya realizado el proceso con dudas, con muchas y largas conversaciones con personas de confianza. O tal vez no: dependerá de

hasta qué punto haya usted adquirido una mentalidad tecnológica: si lo que le interesaba era el resultado y la eficacia del proceso, la decisión le habrá sido fácil. Si este era el caso, la gente le mostrará su aprobación y admirará su determinación y capacidad resolutoria. Quizás alguno de sus conocidos habrá visto todo el proceso con cierto escepticismo o disgusto; en cualquier caso, por cortesía, dudarán de mostrarle animosidad, porque vivimos ya en una sociedad tecnológica y este tipo de operaciones no son ya solo técnicamente posibles, sino que, sobre todo, son socialmente posibles y aceptadas. En efecto, vivimos en una sociedad tecnológica y, si nadie resulta herido en el proceso, estamos socialmente condicionados, como mínimo en público, a aceptar este tipo de atajos.²

La razón por la que cogemos atajos tecnológicos constantemente es para satisfacer nuestros deseos, deseos todos ellos humanos y legítimos: tener hijos, no morir por enfermedades, quitarnos el trabajo de encima lo antes posible, multiplicar la cantidad de

tareas que podemos hacer en nuestras jornadas de trabajo, hacer que una espiga de maíz dé más granos, hacer que haya más bienes disponibles para todos. Ninguna de estas finalidades es verdaderamente objetable. En realidad, todas siguen un único y muy legítimo programa: lograr legítimos deseos humanos. Incluso, si se me permite, la bomba atómica perseguía una finalidad humana legítima: borrar de una sola vez a todos tus enemigos cuando estás en guerra. ¿Desde cuándo es ilegítimo querer vencer a tus enemigos cuando estás en guerra?

La mentalidad tecnológica es aquella que, buscando satisfacer deseos, trabaja en nosotros para explorar y aprovechar los atajos, saltándose los límites impuestos tanto por la naturaleza como por las costumbres sociales. La sociedad tecnológica es aquella que declara que saltarse los límites impuestos por la naturaleza es correcto, bueno, deseable, y que pide que se rompan los límites impuestos por las costumbres sociales en cada momento histórico.

Es cierto que los seres humanos siempre han sido tecnológicos. No han sobrevivido gracias a adaptarse al medio, sino por hacer que el medio natural se adaptase a sus necesidades. Pero es preciso tener presente la diferencia entre la tecnología antigua y la moderna.⁴

La tecnología antigua

En la tecnología antigua, la naturaleza todavía marcaba unos límites insuperables y a duras penas transformaba el medio –sobre todo comparada con la tecnología moderna.

Los antiguos denominaban *mechané* a la tecnología, que en algunos contextos venía a significar más «astucia» que «mecanismo».⁵ Arquímedes, por ejemplo, afirma en su tratado de física que, dadas las leyes de la naturaleza, si sabemos poner un punto de apoyo y una palanca, podemos multiplicar nuestra fuerza. Teóricamente, con el punto de apoyo adecuado y con una vara suficientemente larga, uno podría mover el planeta entero. Ahora bien, no existen tal punto de apoyo ni tal

vara: el universo impone sus límites necesariamente. Tanto Arquímedes como los hombres que repitieron esta idea lo tenían claro. Solo en tiempos modernos interpretamos este *dictum* como si los hombres tuviéramos efectivamente la capacidad de desplazar un planeta con una vara.

Pasemos a otro ejemplo. El barco es *mechané*: una forma astuta de aprovechar los vientos y las propiedades de la superficie del agua para avanzar por los océanos sin morir ahogados. Pero el velero está a merced del agua y del viento: tiene unos límites externos clarísimos e invencibles: una mala ola puede hacer que zozobre; la calma completa hace que ese *mechané* no sirva para nada. De hecho, navegar así era estar todavía más cerca del medio na-

tural y ser más conscientes de todas las limitaciones, ya que obligaba a prestar atención absoluta al mar, al viento, a las estrellas... Todo ello aumentaba en el hombre el sentimiento religioso de dependencia respecto del universo, subrayaba el poder del universo más que el poder del hombre. Lo mismo puede decirse de la agricultura tradicional, de la caza tradicional o de las formas tradicionales de construir edificios. El refrán según el cual el hombre transforma su medio tiene un significado distinto según si consideramos la tecnología antigua o la moderna, porque la antigua casi no transformaba el medio. Tampoco transformaba la mentalidad: al final solo alimentaba el sentimiento de dependencia humana respecto de la naturaleza, respecto del universo.

Las sociedades tradicionales (como Europa, hasta el Renacimiento) no desarrollaron la tecnología moderna porque los sentimientos de dependencia respecto del universo estaban demasiado arraigados. Los antiguos griegos contaban con el concepto religioso de *hybris*: cualquier intento de alterar el orden natural lo entendían no solo como un pecado, sino como una insensatez. Expresaban esta idea en sus rituales religiosos (las tragedias eran una liturgia) y en sus mitos —como el maravilloso mito del vuelo de Ícaro o el mito de Prometeo—. También los antiguos cristianos, quienes construyeron las iglesias románicas, contaban todavía con creencias como la del orden jerárquico de los seres, y en este orden del universo el ser humano ocupaba su lugar, un lugar concreto. Esto lo expresan, por ejemplo, san Francisco de Asís y el franciscanismo que surgió en aquella época.

La tecnología moderna

En cambio, el barco moderno es inmenso, imponente y funciona con casi total independencia de los condicionantes de la naturaleza circundante. Un barco así en absoluto refuerza el sentimiento religioso de dependencia respecto del universo, pues, al contrario, subraya el poder del hombre más que el poder del universo. La diferencia entre la tecnología antigua y la nueva recae precisamente en eso: mientras la antigua reforzaba la conexión y la dependencia de las personas que la usaban, la nueva es aquella que refuerza el sentimiento de independencia respecto de la naturaleza.

En otras palabras, la nueva tecnología es explotadora. No ve la naturaleza como un límite infranqueable que solo permite ciertas astucias humanas, sino que la ve como un banco de recursos que puede ser humanamente explotado. El cambio entre una visión y otra del universo se inició durante el Renacimiento, cuando empezó la sustitución de la religión cristiana tradicional por el Humanismo.

El Humanismo legitimó el cambio social introduciendo una nueva idea de sacralidad. Uno de los textos fundacionales del Humanismo es el *Discurso sobre la dignidad del hombre*, de aquel teólogo bienintencionado —Giovanni Pico della Mirandola— quien afirmó piadosamente que el ser humano no tenía un lugar reservado en el orden del universo, sino que podía elegir el lugar que ocupaba. El texto en absoluto era una invitación a la rebelión, pero los guardianes del orden tradicional —es decir, la Inquisición— lo vieron como una amenaza y le pusieron algunas objeciones.

Ese texto se anticipó a una idea que, con el tiempo, se fue extendiendo: la idea de que el ser humano era la nueva fuente de sacralidad. Surgía, por tanto, una nueva religión que consagraba directamente la voluntad humana de trascender su lugar natural en

el universo. En otras palabras, legitimaba indirectamente la idea de que no era necesario poner límites al logro de los deseos humanos. A partir de entonces y en virtud de ese desarrollo de las potencialidades humanas, los cambios sociales eran legítimos.

EL MEDIO SOCIAL. HUMANISMO Y TECNOLOGÍA

Las costumbres se legitiman siempre por creencias religiosas: por la idea de sacralidad. En las sociedades antiguas, el orden del universo era sagrado; las sociedades se estructuraban de forma estática en honor a este orden. Por eso, las sociedades tradicionales tampoco estaban interesadas en invertir demasiados esfuerzos en desarrollar tecnologías. Toda solución tecnológica, para ser aceptada, necesita arraigar en un medio social adecuado. No obstante, gran parte de las veces, el medio social no está preparado para aceptar los cambios tecnológicos y necesita modificarse a sí mismo para adoptar dicha tecnología.

Si se quiere producir un cambio cultural, no hay nada mejor que introducir una tecnología nueva que permita satisfacer los viejos deseos humanos. Existen miles de ejemplos históricos que permiten explicar el conflicto entre una tecnología nueva y las costumbres de la sociedad en la que surge.

El ejemplo de la VOC⁶

Uno de los ejemplos más paradigmáticos de lo que estamos explicando es la creación de la VOC. No solemos considerar aquella empresa como una

empresa tecnológica, pero, de hecho, la VOC es el producto de la mentalidad tecnológica: es la respuesta a cómo lograr que la actividad comercial resultara eficiente. La VOC respondía al deseo legítimo de disponer de más mercancías.

Aquella compañía topó con las costumbres sociales, en particular, con la convención social de que no era legítimo prestar dinero a crédito. Fue necesario un nuevo cambio cultural para hacer aceptable la idea de que invertir en una empresa capitalista no era prestar dinero a crédito. Era preciso convencer a la gente de que comprar

acciones de la VOC era algo distinto a ejercer de usurero, ya que la usura estaba prohibida por el cristianismo tradicional. Una vez se rompió con esta convención social, se abrió el campo del capitalismo. De hecho, los historiadores señalan la VOC como la primera empresa capitalista.⁷

La operación de la VOC salió bien. El cambio se produjo porque el medio social había empezado a transformarse. Los cambios sociales y los cambios tecnológicos se retroalimentan y es difícil decir qué va primero. La tesis de Marx sostiene que la aparición del capitalismo suscitó los cambios sociales y de mentalidad. La tesis de Weber, que ciertas transformaciones de la religión cristiana (en particular, la adopción de cierta ética dentro del protestantismo) posibilitó el capitalismo. Como siempre, el debate sobre si es primero el huevo o la gallina.

La religión humanista

El Humanismo es la religión que ha sustituido al cristianismo en Europa y, por extensión, en Occidente. Para el Humanismo, el hombre es el ser más sagrado del Universo. No hay vuelta de hoja: si nuestra chica del ejemplo inicial es respetada en sus opciones, eso se debe a que su proyecto reclama respeto para su libertad individual, y más sobre una cuestión tan sagrada como concebir una vida humana. Cualquier uso de la tecnología al servicio de la vida humana debe ser respetado y si, además, dignifica la libertad individual, aún mejor. Si esto implica ciertos cambios sociales, adelante con los cambios.

Hemos definido la mentalidad tecnológica como esa que explota atajos saltándose los límites impuestos tanto por la naturaleza como por las costumbres sociales. El Humanismo nació de la mano de nuevas tecnologías (véase la imprenta) y consagró el poder del hombre, buscando legitimidad en textos como el discurso sobre la dignidad humana. Con los siglos, llegaron otros en la misma línea, como cuando Kant dijo que cualquiera podía consagrar la religión dentro de los límites de la mera razón, o que la humanidad había llegado a la mayoría de edad al atreverse a pensar por ella misma (es decir: cuando dejaba de buscar inspiración y fundamento en los textos revelados de la antigua religión cristiana). La sacralidad radicaba ahora en el hombre, a quien se le debía un respeto absoluto.

No tardará en llegar el dogma del progreso, la idea religiosa más revolucionaria inventada por la religión humanista. Fruto, en parte, de la deriva del cristianismo, la idea de progreso suponía construir un paraíso en la tierra, a través del hombre, el ser más sagrado del universo. Así, se produjo una convergencia única en la historia y en el mundo: la unión de la mentalidad tecnológica –antes marginal– con la nueva idea religiosa de la excepcionalidad humana y su sacralidad. Si el hombre es lo único sagrado, ¿por qué no debería explotar la superación de los límites impuestos por la naturaleza? ¿Por qué no potenciar al máximo la tecnología? ¿Por qué respetar los viejos esquemas estáticos de la sociedad tradicional? ¿Por qué mantener el antiguo régimen? El progreso no debía ser solamente tecnológico: tenía que ser un progreso social.

Las sectas de la religión humanista

La nueva religión se dividió en diversas sectas.⁸ Los liberales, partidarios del progreso tecnológico, concebían el paraíso en la tierra como una sociedad democrática, de igualdad de derechos, en la que se maximizara la libertad individual y la movilidad social. Los socialistas, por su parte, creían en un paraíso en el que, gracias al progreso económico suscitado por el industrialismo, todo el mundo pudiera tener lo necesario para vivir. No creían demasiado en la democracia ni en maximizar la libertad individual –que tendía a potenciar la desigualdad en detrimento de la solidaridad entre los seres humanos–. O los nazis, quienes también creían en el progreso tecnológico y económico basado en el industrialismo, y que tampoco creían demasiado en la democracia (por decirlo suavemente). Su originalidad radicaba en defender lo que todavía hoy nos resulta chocante: no creían que todos los hombres fuesen iguales o que tuvieran los mismos derechos. Había hombres superiores e inferiores. Los primeros eran sagrados (el nazismo era una forma de Humanismo); los otros estaban destinados a servirlos o a desaparecer. Seguían un paradigma científico de la época, que nadie discutía: el racismo, combinado con teorías recientes sobre las leyes de la evolución. Su paraíso era el del desarrollo tecnológico combinado con una sociedad jerárquica y estática, como la de las sociedades tradicionales. Esta jerarquía consagraba la sacralidad humana, de ahí las leyes raciales.

Entre los tres (liberales, socialistas y nacionalsocialistas) montaron la peor

guerra que la humanidad ha conocido. Una salvajada indescriptible, facilitada por las mejores tecnologías aplicadas al arte de matar. Ya se sabe, las guerras de religión suelen ser las peores y esta, entre las distintas sectas del Humanismo, lo era. El resto de la historia ya la conocemos: los liberales, más avanzados en tecnologías que sus rivales, hicieron estallar un par de bombas atómicas y pusieron fin a la guerra; hicieron firmar a todo el mundo la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de tono marcadamente liberal; sus aliados socialistas declinaron respetuosamente firmarla; y, finalmente, los nazis fueron simplemente borrados del mapa, y todavía hoy son perseguidos (y que así sea por muchos años).

Aquí, en cambio, lo que nos interesa remarcar es que lo que tenían en común las tres facciones era que creían en la sacralidad y la autonomía humanas, pero, lo más importante: todas creían en la tecnología y el progreso como la mejor forma de potenciar y homenajear esa sacralidad. La humanidad es sagrada y tiene todos los derechos (la declaración era sobre derechos humanos, no sobre los derechos de los animales inferiores o de las plantas, o de los ríos, o de las piedras), y la tecnología, creada para dar poder al hombre, se convertía en sacramento. Nada expresa mejor la sacralidad humana que la tecnología que le otorga su poder.

La reacción cristiana al Humanismo

¿Qué hicieron los cristianos ante este panorama? Reaccionar. Desde el primer momento en el que apareció el

Humanismo, el cristianismo devino un movimiento reaccionario. Como se ha visto más arriba, combatieron el Humanismo tanto como pudieron; condenaron a Pico della Mirandola, uno de los pioneros; condenaron a Galileo, paladín de la nueva ciencia; condenaron a los protestantes durante el Concilio de Trento, por ser defensores indirectos de la libertad individual y la sacralidad de la consciencia; combatieron la usura hasta que el capitalismo, el nuevo régimen económico moderno, tuvo ya demasiada fuerza;⁹ combatieron el liberalismo político desde la Revolución francesa hasta que no pudieron más; discreparon del socialismo y objetaron del nazismo. Y podríamos seguir.

Sin embargo, al final, durante los años sesenta del siglo pasado, se rindieron. El Concilio Vaticano II bendecía de algún modo las tesis más básicas del Humanismo liberal, y los cristianos pasaron a defender su versión de la ya religión común (la versión cristiana de la religión común se denomina *Humanismo Integral*). También cristianizaron la noción humanista del progreso (si no, lean ustedes mismos la encíclica *Populorum Progressio*). Durante la era del Humanismo, es decir, hace ya cinco siglos, el cristianismo ha perdido toda la iniciativa y se ha limitado a reaccionar: a veces airadamente, a veces con condescendencia, finalmente con admiración y envidia.

El resultado de todo ello ha sido que el Humanismo ha terminado por convertirse en la religión común y la tecnología, en su sacramento. De hecho, incluso los cristianos consideran los múltiples sacramentos tecnológicos del Humanismo mucho más po-

derosos que los propios: hoy, apenas existe cristiano que confíe más en el agua bendita que en la eficacia del quirófano.

La crisis interna del Humanismo

No obstante, con el paso de los años la tecnología empezó a crearle problemas al propio Humanismo, que actualmente se encuentra en pleno proceso de transformación. La tecnología permitía ahora milagros como la reproducción asistida, abriendo un amplio debate sobre el estatuto del embrión humano. ¿Era necesario extender el estatuto de sacralidad también a los embriones sobrantes de los procesos de reproducción asistida? ¿Un embrión era un ser humano? ¿Era lícito destruirlos o investigar con ellos (y destruirlos)? Ahora que los embriones pueden implantarse en cualquier útero, ¿era legítima la maternidad subrogada? En el caso de que el embarazo se hubiese producido efectivamente, ¿quién tenía más derechos, el *nasciturus* o la madre que no deseaba el embarazo? Ahora que la tecnología había permitido mantener con vida a personas muy enfermas, ¿era legítimo que estas pidieran una muerte aséptica, tecnológica? ¿Qué tenía más peso en este caso: el valor humanista liberal de la libertad individual o el valor humanista liberal de la sacralidad de la vida humana?

Y, aún más, el dilema humanista más interesante: si, tal y como se augura, la tecnología puede permitir las modificaciones en el genoma humano para fabricar seres humanos mejorados, ¿deberían continuar estas líneas de investigación?

Los humanistas clásicos

Gran parte de los humanistas clásicos, que sienten especial afecto por los defectos del hombre y de su existencia, se resisten a ello. Sienten que ser un ser humano nunca ha sido un proceso limpio, cómodo o eficiente, y que la ineficiencia, la impureza o el sufrimiento que comporta ser/vivir forman parte de su sacralidad: son realidades connaturales al hombre y, aunque son bastante molestas, vale la pena preservarlas. Sienten que enfermar, envejecer o morir tienen valor porque forman parte de la experiencia humana. Ahora bien, estos humanistas más clásicos están quedándose sin argumentos porque, para un humanista que cree en la sacralidad humana, que el hombre sufra es malo, y cualquier justificación de este sufrimiento resulta difícil de plantear.¹⁰ Pero, al mismo tiempo, se intuye –y de ahí la queja– que, si todas estas realidades imperfectas se eliminan gracias a la tecnología, también se acabará eliminando el ser humano. Aún quieren a ese viejo ser humano cargado de defectos, pero no saben demasiado cómo defenderlo. Al fin y al cabo, los defectos humanos nunca se correspondieron con su dignidad sagrada. Estos humanistas se empiezan a preguntar si proclamar que el hombre era un ser de dignidad sagrada no fue, al fin y al cabo, un poco exagerado, pero ¡cuán difícil es revisar a fondo el dogma fundamental de cualquier creencia!¹¹

Los nuevos humanistas

Los nuevos humanistas pueden defender esta línea de investigación –la

mejora humana– con mayor coherencia y tranquilidad espiritual: el hombre es un ser excepcional, investido con una dignidad sagrada, y, por tanto, tiene el deber de mejorarse a sí mismo. No hay motivo alguno para no eliminar cualquier sufrimiento –incluida la muerte– y todas las imperfecciones. Si esto debe hacerse al precio de que el antiguo ser humano desaparezca, no hay problema, porque el nuevo ser humano sin defectos será todavía una mejor expresión de la especial dignidad y sacralidad humanas. Igual que los seres humanos de hoy miran con cierta extrañeza y disgusto a los primos de la familia que se quedaron evolutivamente atrás (quiero decir los otros primates, los no humanos), los seres humanos del futuro mirarán con extrañeza y un poco de disgusto a los hombres de hoy. Los partidarios de la mejora humana pueden apelar a aquel viejo texto del Renacimiento que decía que la dignidad humana radica en su capacidad única para escoger su lugar en la gran cadena del ser. Los nuevos humanistas están más acostumbrados a los cambios sociales y de costumbres que los otros –¿acaso no había defendido el Humanismo, desde su origen, la convivencia de los cambios sociales y de costumbres? ¿Por qué detenerse ahora? ¿Por qué no permitir estas líneas de investigación? Así pues, los nuevos desarrollos tecnológicos han dado lugar a un Humanismo+, que ha hecho entrar en crisis al Humanismo clásico y lo ha obligado a volverse reaccionario.

Los problemas ecológicos no han hecho sino reforzar esta crisis interna del Humanismo y la división entre los humanistas clásicos y los humanistas+.

Los primeros piden que se revise el segundo dogma del Humanismo (la idea del progreso) porque no confían demasiado en la capacidad humana de solucionar el problema del cambio climático a través de la tecnología. Se trata de una crisis espiritual profunda: ya no tienen tanta fe en la capacidad humana de crear un paraíso en la tierra (el dogma del progreso) ni en la tecnología (el sacramento del Humanismo). Intuyen que necesitarán revisar, una vez más, la noción del ser humano como el lugar y la fuente de la sacralidad porque estos dogmas han transformado el medio hasta hacerlo poco apto para albergar vida humana.

Recapitulemos

La religión humanista, armada con la mentalidad tecnológica, creó el dogma del progreso y legitimó todo tipo de cambios sociales para permitir una sociedad más coherente con la proclamada sacralidad del hombre. Cada nuevo artilugio tecnológico, cada nuevo avance de la tecnología era celebrado como una nueva expresión de la dignidad especial del ser humano. Pero el desarrollo de la tecnología ha dado lugar a un conjunto de problemas

imprevistos por el propio Humanismo, y ahora llega el momento de enumerarlos.

Ahora bien, es muy importante, antes de continuar, darse cuenta de que las acusaciones que se han lanzado desde hace tiempo contra la tecnología, y que figuran en este epígrafe, no son más que críticas superficiales. El verdadero mal de la tecnología es previo a la tecnología y procede del presupuesto de que al hombre le es legítimo saltarse los límites impuestos por la naturaleza. Esta noción, promovida por el Humanismo, es la que ha terminado desarraigando al hombre del universo. Esta es la fuente de todos nuestros problemas espirituales. Es algo más profundo que el mero desencanto de la naturaleza, más profundo que dejar de creer en las hadas del bosque, que abandonar la costumbre de pedirle permiso al árbol antes de talarlo, que creer en el espíritu del riachuelo, el maná de las grandes formaciones rocosas o el poder curativo de las reliquias de los santos.

En otras palabras, que la tecnología moderna, explotativa, haga que la vida actual sea muy estresante es *peccata minuta* comparado con el problema más básico de desarraigo. Y es de este problema de lo que hablaremos en el próximo capítulo.

EL PROBLEMA DEL DESARRAIGO. EXPULSADOS DE NUESTRA CASA

Ya la tecnología antigua (la azada, el martillo, la palanca de Arquímedes) supuso una vida más estresante e incómoda: ya muchos autores han señalado que la vida de los cazadores-recolectores era más placida que la de los hombres que inventaron la agricultura y la ganadería.

Pero las sociedades agrícolas-ganaderas seguían viviendo arraigadas al universo. Su tecnología –que era, sobre todo, una tecnología social, con la creación de los estados y los imperios agrícolas– no los desarraigaba de la naturaleza. Aumentaba su sentimiento de dependencia respecto del universo y, por tanto, su sentimiento de comunión con el universo. El sentimiento de comunión con el universo es el sentimiento que siempre ha buscado el hombre a través de todas las religiones (a excepción, como hemos visto, del Humanismo).

La tecnología nunca es neutral

Darse cuenta del desarraigo esencial que provoca la tecnología explotadora

es clave para comprenderla. La tecnología moderna expulsa al hombre de su casa, del lugar que le pertenece dentro del universo. Este es su mal esencial. La tecnología moderna nunca es neutral: siempre desarraiga al hombre, siempre lo expulsa de su casa. Con el dogma de la neutralidad de la tecnología, el desarraigo pasa desapercibido. Todos hemos aplaudido el razonamiento que dice: «La tecnología es neutral; según cómo se use, puede ser buena o mala», cuando, de hecho, es un razonamiento que resulta internamente contradictorio: Es la afirmación contraria la que resulta verdaderamente coherente: «La tecnología nunca es neutral; según cómo se use, puede ser buena o mala», porque, si la tecnología puede ser buena o mala, entonces ya no puede decirse de ella que es neutral.

Proclamar y repetir que la tecnología es neutral (cuando nunca lo es) predispone a aceptar acríticamente toda novedad tecnológica: invita a crear nuevas tecnologías para después decidir qué uso hay que darle. Si la tecnología nunca es neutral, entonces debemos ir con mucho cuidado con las novedades tecnológicas y, por principio de precaución, deberíamos inventar pocas, por si acaso. Pero es que, además, las tecnologías modernas refuerzan constantemente la impresión de que los hombres pueden desvincularse de los límites impuestos por el universo. Y esto es siempre malo y una auténtica insensatez.

Críticas a la tecnología

En cualquier caso, las críticas y las acusaciones que desde el siglo XX se han ido recogiendo contra la tecnología han fallado en señalar su principal mal. Eran críticas hechas desde el Humanismo y, de hecho, apenas rascaban la superficie del problema. Estas son algunas de ellas:

Esclaviza

«Es ahora, en nuestra época, en la que la tecnología [*mechanization*] ha triunfado finalmente, cuando de hecho nos damos cuenta de que la máquina tiende a hacer imposible la vida humana plena»¹². Lo dijo George Orwell, en un libro de 1937, que todavía hoy se cita entre los libros que alertan de la proliferación de las tecnologías en nuestra vida cotidiana¹³. El libro se titulaba *The Road To Wigan Pier*. No se lo

pierdan, especialmente el capítulo 12, puesto que contiene *in nuce* las principales críticas a la tecnología que los autores posteriores han hecho recircular. La primera es que la máquina no nos libera, sino que nos esclaviza. Esta esclavización es doble: por un lado, la máquina genera dependencia y, por otra, es la máquina la que establece las tareas que hay que hacer: crea la agenda de los humanos.

Ambas tesis son fáciles de explicar a través de ejemplos, ejemplos que se han vuelto tan cotidianos que uno no sabe si vale demasiado la pena insistir en ellos: la dependencia de los móviles y la investigación científica. Para el primer ejemplo, les invito a entrar en alguna de mis aulas y ver la enorme dificultad que les supone a los alumnos estar cuarenta y cinco minutos sin tocar el móvil o el ordenador. En cuanto a la investigación científica, les recomiendo un vídeo¹⁴ en el que se explica cómo los ingenieros de cierta división de IBM recibieron un correo con la siguiente pregunta: «¿Cuál es el próximo reto?». Hacía poco que las máquinas de IBM habían logrado ganar en el concurso *Jeopardy!* de la televisión estadounidense (sin duda, un gran avance para la humanidad); ya hacía tiempo que habían ganado al ajedrez. Un ingeniero sugirió fabricar una máquina para ganar concursos de debate. Lo más interesante del reportaje se produce muy al final, cuando la entrevistadora le pregunta al ingeniero sobre la utilidad de la máquina. La respuesta del ingeniero, en la línea «de ayudar a las personas», no es muy convincente. Queda muy patente que la investigación estaba motivada, más que para ayudar a nadie, por la simple

intención de desarrollar la tecnología. Hay investigaciones que solo se llevan a cabo porque es «el siguiente paso lógico», no porque procedan de ninguna necesidad, lo que nos lleva a sospechar que, realmente, gran parte de la tecnología no cubre necesidades humanas, sino necesidades de la propia tecnología; siendo esta misma la que marca la agenda de la actividad humana.

Esta autonomía¹⁵ de la técnica es muy difícil de contrarrestar porque, en la práctica, cualquier intento de ejercer algún control sobre el desarrollo tecnológico se ve como un ataque al saber y, por tanto, como una blasfemia en nuestro contexto humanista en el que todo el mundo ya ha abrazado la mentalidad tecnológica.

Idiotiza

Orwell comprendió que el proceso y la lógica de la tecnología iban en contra de la vida humana también en el sentido de disminuir las capacidades de las personas. Decía que las máquinas evolucionan para volverse más eficientes, esto es, más a prueba de idiotas (en el sentido de que cualquiera pudiera usarlas); así, el mundo avanza hacia una tecnología «a prueba de idiotas», es decir, un mundo tecnológico en el que no se requiriera ninguna habilidad especial para vivir o sobrevivir en él. Esto no significaba necesariamente, decía Orwell, que el mundo del futuro estuviera habitado solo por idiotas, pero el peligro estaba ahí. Nos enteramos por este texto de que, mucho antes que Stephen Hawking o Elon Musk, H.G. Wells ya había lanzado la idea de ir a colonizar otros planetas tan

pronto como hubiésemos logrado que nuestro mundo fuese *foolproof*. Este es el temor fundamental que despier-ta hoy en día la inteligencia artificial, de la que, viendo el panorama, nos volveremos dependientes sin que nos hayamos vuelto más capaces en ningún sentido. ¿Habrà alguna actividad humana que no quede disminuida por la influencia de las máquinas?, ¿algo que pueda preservarse?

Estandariza

Otra crítica clásica: la mentalidad tecnológica y la tecnología producen una estandarización de la sociedad. Lo dijo Huxley en *Brave New World* y lo vemos diariamente cuando vamos al médico o –Dios no lo quiera– tengan que ingresarnos en un hospital. Las organizaciones presididas por la idea de eficiencia necesitan reducir a números a las personas que se acercan a ellas. Esto les permite atender a multitudes y, en el caso de los hospitales, evitar muchas muertes. Pero el orden tecnológico de las organizaciones requiere suprimir la individualidad. La medicina científica se basa en la estadística, en la reducción de las personas a datos, y es tremendamente eficaz. El precio está en que el médico no tiene tiempo para atender a nadie y casi prefiere tener los datos delante que a las personas, que siempre son un estorbo, con sus idiosincrasias y sus veleidades. La medicina no científica funciona exactamente al revés: no cura a nadie, pero conserva el trato a las personas como si fuesen personas e, implícitamente, cree que hay un orden en la naturaleza en el que el hombre tiene un lugar asig-

nado. El éxito y la proliferación de la medicina alternativa son una protesta sorda contra la sociedad tecnológica.

Acelera

Otra acusación reciente es que la tecnología produce aceleración. Si me lo preguntan a mí, les diré que es una crítica bastante trivial. Esta aceleración produce alienación –la desposesión que el individuo siente respecto de su propia vida y actividad–. Nada que no hubiese dicho ya Michel Ende en aquella mítica novela *Momo. La extraordinaria historia de los ladrones del tiempo y de la niña que devolvió el tiempo a los hombres*. La tesis de H. Rosa (el redescubridor del problema de la aceleración) ha sido corregida por Byung-Chul Han, quien afirmaba que no era que el tiempo se hubiese acelerado por culpa de la tecnología, sino que se había dispersado en una serie de presentes puntuales sin narrativa ni anclaje; dicho de otro modo, que se había desprovisto al tiempo de su duración.¹⁶ El efecto no era tanto la alienación de las personas respecto de las propias vidas, sino la imposibilidad de descansar y de construir una vida con sentido (para Han, en estas condiciones temporales es imposible crecer e imposible morir). El producto final era el agotamiento. Más que una sociedad acelerada, vivíamos en una sociedad del cansancio.

Agota

Y es totalmente cierto: la tecnología nos presiona para el rendimiento con-

tinuo. Nos convertimos en hámsteres de la rueda tecnológica.¹⁷ Nos pasa un poco como a aquel hombre corriente que describió Jacques Ellul, que experimenta sentimientos de desamparo, de baja autoestima, de anonimato y que se convertía en un fantasma.

Considerad al hombre corriente cuando regresa a casa desde su trabajo. Es muy probable que haya pasado un día en un entorno totalmente higiénico, y todo se ha hecho para equilibrar su entorno y disminuir su cansancio. No obstante, ha tenido que trabajar sin parar, bajo una presión constante; la fatiga nerviosa ha sustituido a la fatiga muscular. Cuando deja el trabajo, su alegría por terminar el turno se mezcla con la insatisfacción por un trabajo tan infructuoso como incomprensible, muy lejos de ser un trabajo realmente productivo. En casa se «encuentra» de nuevo. ¿Pero qué encuentra? Encuentra un fantasma...¹⁸

Atención: la obra de Jacques Ellul, *La sociedad tecnológica*, es antigua, se publicó por primera vez en 1954. Ellul no podía prever que su hombre corriente, incansablemente improductivo (aquello verdaderamente productivo es el sistema tecnológico, no el individuo), se conectara a Internet (otra vez) al llegar a casa, cerrando el *loop* tecnológico. Hoy llegamos a casa y nos ponemos a trabajar en favor de los analistas de datos en línea. La situación es verdaderamente desesperante. No hay escapatoria posible.

Y, pese a todo, repitámoslo antes de continuar, ninguno de estos diagnósticos es demasiado profundo. Solo hablamos de los efectos de la tecnología. Lo intentamos, pero no termina-

mos de señalar el mal esencial que nos produce la tecnología. Rosa habla de la «resonancia»¹⁹ como el remedio a los males tecnológicos; Han, de «vida contemplativa»²⁰. Parece como si los efectos del actual desarrollo tecnológico fuesen comparables a los dolores de espalda de los trabajadores agrícolas de la agricultura previa a la mecanización. Que a uno le duela la espalda no es motivo suficiente para cancelar toda la operación mundial de adoptar la agricultura. Por un dolor de espalda no nos planteamos seriamente volver a los bosques o a las sabanas. Recetar resonancias o recuperar la mirada contemplativa es una medida comparable a los emplastes de la medicina tradicional para curar los dolores de espalda. Son fórmulas compensatorias para un dolor que va mucho más allá, porque, tanto si el emplaste funciona como si no, el agricultor deberá volver al día siguiente a los campos del terrateniente. Y si recuperamos la mirada contemplativa o aprendemos a resonar, igualmente tendremos que conectarnos a Internet en un momento u otro.

Del mismo modo que nos ocurre cuando miramos de frente al problema ecológico, somos plenamente conscientes de que estamos atrapados por la tecnología y que no somos capaces de llevar a cabo ningún cambio significativo. Intentar hacer algún cambio antitecnológico individualmente con la esperanza de provocar algún cambio global es un disparate porque los cambios son la prerrogativa de la sociedad organizada tecnológicamente,²¹ es decir, los cambios vienen por los mismos cambios de la tecnología. Mientras la hagamos crecer, nada cambiará, porque a estas alturas quien introduce los

cambios es el sistema tecnológico, no las personas.

Degrada la atención

La nueva calamidad traída por la tecnología. Una vez más, los ejemplos de este efecto son múltiples y cotidianos. Lo que merece la pena señalar con un poco más de profundidad es que el descubrimiento de que las interfaces del ordenador pueden imitar las máquinas tragaperras y atrapar nuestra atención sin que podamos resistirnos, está socavando una creencia religiosa del Humanismo: la creencia en la sacralidad de la autonomía personal, relacionada con la sacralidad del individuo.

La idea de la autonomía se halla ya en Kant, uno de los padres del Humanismo, y la preservación de la autonomía personal frente al colectivo social está consagrada igualmente en el «texto litúrgico» de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 (Sí: texto litúrgico. Ya dijo un autor del XVIII que la declaración de los *Droits del l'Homme* de 1789 era un *catecismo*;²² mucho más aún que su reedición tras el desastre de 1939-1945). Pues bien: existe toda una ciencia dedicada a socavar y, en último término (un último término que no se plantea nunca explícitamente), eliminar la autonomía humana. Si existe un mecanismo que obligue a la gente a estar conectada permanentemente, es necesario investigarlo y explotarlo, porque la conexión permanente se traduce en dinero (como en el negocio de los casinos y las tragaperras) y porque poner pegas al conocimiento tecno-científico es una blasfemia.

Así, esta estampa que les pinto a continuación no es del todo imaginaria. Figúrense una escuela de negocios en la que el departamento de Ética se dedica solemnemente a mantener viva la cultura común humanista que considera la libertad individual sagrada, mientras que el departamento de Consumer Behaviour (estudio del comportamiento del consumidor) ha creado un laboratorio en el que puede investigar los tiempos de reacción a diferentes estímulos por parte de los sujetos experimentales, esperando hallar la tecla que permita presentar la información de manera tan irresistible que el futuro comprador no pueda defenderse, y compre por impulso y sin censura racional.

La cosa les funciona moderadamente bien y comparten sus descubrimientos con otros científicos sociales, de modo que su ciencia va avanzando. O sea, unos se esfuerzan en mantener viva la creencia de la sacralidad de la autonomía personal y los otros actúan en la práctica considerando que la autonomía personal es una ficción, como mínimo si se sabe cómo anularla. Los primeros, los del departamento de Ética, continúan creyendo en la excepcionalidad humana y su sacralidad; los segundos (aunque no se lo formulen así) consideran que el ser humano es poco menos que un mecanismo automático, algo así como un conjunto de datos que aparece cuando se le presentan otros datos. Una especie de algoritmo que hay que investigar para poder *hackearlo*.

Lo más grave del caso es que este es el departamento del futuro, el mascarón de proa de la facultad, porque la ciencia del comportamiento del consumidor es

donde nuestro querido sistema económico tiene puestas las esperanzas de mantener su crecimiento. Lo que este departamento descubra será el fin de la publicidad tal y como la conocemos: creará una publicidad con un poder de persuasión tan grande que se convertirá en otra cosa. Adiós a la sacralidad de la autonomía humana, ese dogma que los humanistas consideraban sagrado y que, gracias al trabajo de los tecnólogos de la atención, se ha revelado como una superstición sin fundamento.

Quizás el capitalismo se ha vuelto loco y está cortando la rama sobre la que se sienta: al fin y al cabo, la libre iniciativa económica, el *free enterprise* era la base de todo el sistema. Con nuevos desarrollos tecnológicos se está eliminando la libertad. O, quizás, el capitalismo está aplicando su secular lógica de explotación de los recursos: la gente es un recurso y, ahora que el trabajo lo ejecutan las máquinas, es la gente la que tiene que llevar a cabo el trabajo de consumir. Antes se explotaba a la gente para que usara las máquinas, y ahora también: cuando compramos sin discernimiento, usamos las máquinas. Para explotar a la gente, es necesario investigar y explotar su atención. El objetivo es que el sistema no se detenga, y la tecnociencia de la explotación de la atención sirve al sistema más que a las personas. Explotar la voluntad de la gente, si se sabe cómo, es más eficiente que ofrecerle un producto y esperar a que pique.

Desfactualiza

Hecho que nos lleva a otra crítica contra la tecnología puesta por los autores

que se han dedicado a ello. Para explorar la atención de las personas, es necesario reducir las a cifras. La tecnología ha producido un fenómeno malísimo con distintos nombres, según el autor que se consulte. El más viejo habló de «desencanto del mundo» (Weber); otro lo denominó «pérdida de aura» (mi queridísimo y admiradísimo Benjamin); otro lo denominó «adopción del paradigma cibernético» (Rifkin, no hace mucho)²³ y Han lo denomina «desfactualización». Son diversos conceptos, diferentes pero convergentes, diversos nombres para un conjunto de fenómenos interdependientes y asimilables. El paradigma cibernético, por ejemplo: para poder operar tecnológicamente, necesitamos reducir el mundo físico a un conjunto de datos. Si se consigue esto, las máquinas pueden ayudar a los hombres en sus investigaciones científicas. El descubrimiento de la doble hélice del ADN («el secreto de la vida») se logró gracias a esta aproximación: conseguir que el mundo fuese asimilable por las máquinas, es decir, reducir las cosas a datos; la vida es una larga retahíla de datos; el ser humano no es una criatura digna de respeto, sino una larga retahíla de datos.

El paradigma cibernético produce desfactualización: las cosas pierden su entidad, su solidez. Discutiendo el concepto de desfactualización, un estudiante de Bioingeniería, en una de las clases de bioética, me comentaba que durante su investigación para el trabajo final de grado estuvo trabajando con células humanas. Cuando ya llevaba varias semanas yendo al laboratorio, le vino a la mente que esas células pertenecían a una persona. El pensamiento le cruzó la mente, lo desconcertó du-

rante unos instantes, pero enseguida retomó su trabajo. El ser humano que posibilitaba el trabajo de investigación había desaparecido. No se hallaba físicamente presente en el laboratorio más que en forma de muestras. Esa persona había sido desfactualizada. Había pasado de ser una persona a ser unos microgramos de material biológico. Mi estudiante se dio cuenta durante unos instantes, pero el pensamiento no le impresionó demasiado. La sorpresa (o el escándalo) ante la desfactualización es un impedimento para el trabajo tecno-científico. No merece demasiado la pena detenerse en ello. Lo que se le escapa al científico es lo siguiente: que la desfactualización socava el dogma humanista de la sacralidad humana. Al bioingeniero le cuesta mantener la conciencia de que su negocio son las personas cuando no trabaja con personas, sino con material biológico. Al médico, le cuesta recordar que trabaja en favor de las personas cuando la materia primera de su trabajo es un conjunto de datos. La tecnociencia no es neutral: configura nuestra manera de pensar en un sentido determinado y, en este caso, en un sentido contrario a la religión humanista que, paradójicamente en la mayoría de los casos, al científico le gusta profesar.

[Cuando al día siguiente les pregunté a los alumnos si la tecnología era neutral, no tardó mucho en oírse la vieja proclama según la cual la tecnología-es-neutral-porque-según-cómo-se-use-puede-ser-buena-o-mala. Se requiere un esfuerzo superior de atención para darnos cuenta de que la tecnología condiciona nuestra forma de entender el mundo y a nosotros mismos; que existe cierta incompatibilidad

entre considerar que los hombres son sagrados y reducir a las personas a material biológico; que existe bastante inconsistencia en querer los derechos humanos y dedicarse a la investigación en *consumer behaviour*; en definitiva, en darse cuenta de que la tecnología no es neutral y que siempre está produciendo un efecto, y que últimamente no hace más que desactualizar a las personas.]

Por lo tanto, la desactualización, al fin y al cabo, podría no tratarse de un problema tan superficial. La desactualización no es comparable a los problemas de espalda del antiguo agricultor, a quien haber cavado todo el día y comido solamente gachas durante todo el año le producía problemas de salud, porque la desactualización no daña nuestro cuerpo, sino que daña nuestra alma. Contribuye como ninguna otra cosa a expulsarnos de casa. Nos desvincula del universo; imposibilita la tarea tradicional de las religiones que era, recordémoslo, vincular al hombre con el universo, aumentar su sentimiento de dependencia, su sentimiento de comunión. La tecnología actual ha llenado nuestro mundo de realidades desactualizadas. La presencia física ya no cuenta. Todo está ausente. Todo sucede en la pantalla del ordenador. La lógica de la desactualización empuja con fuerza a nuestra civilización hacia el *brain in a vat* ('el cerebro dentro de una probeta'). La desactualización desvincula a las personas de su cuerpo, del lugar en el que viven, de la realidad circundante. La pérdida de aura de las realidades físicas hace que el mundo entero sea un no-lugar. En tales condiciones, es imposible volver a casa. La desactualización desarraiga. Da a las personas una existencia fantasmagóri-

ca. Una vida auténticamente humana, una vida vivible, requiere interactuar a través del cuerpo con objetos sólidos que sean familiares y que nos hagan sentir en casa. Requiere disponer de una narración significativa, socialmente compartida, en la que encuadrar la propia y pequeña historia personal. El agricultor que sufría dolores de espalda disponía de todas esas cosas. La tecnología está cuestionando incluso el relato humanista que le daba sentido. Nos está quitando demasiadas cosas, y la única que nos promete es anularnos todavía más.

¿Y ante eso? La ética de la inteligencia artificial

Los problemas que suelen proponerse hoy como propios de la ética aplicada a las tecnologías tienen un doble nivel. Superficialmente, son una especie de juego, un entretenimiento mental. A un nivel más profundo, revelan los viejos problemas espirituales de la humanidad. La ética aplicada es la ética al servicio del Humanismo y la tecnología. En este sentido, es una domesticación de la ética, que impide que los filósofos presten su atención a aquello que realmente tiene importancia y la dediquen a una especie de juego, a una especie de entretenimiento.

Así, por ejemplo, los problemas del coche autónomo: en caso de pérdida del control, ¿hay que programarlo para que choque contra un árbol, matando al conductor, o que choque contra una familia, con el riesgo de matar a un niño? O, si un tranvía va a toda velocidad a chocar contra un grupo de gente en la calle, ¿deberíamos empujar a un

hombre gordo para que amortiguara el posterior impacto? (Estos son la nueva versión y la antigua de los clásicos *trolley dilemmas*, y, si a mí me preguntan, opino que los gordos tenemos que apoyarnos: ¡salvemos al hombre gordo!). El problema de moda: los algoritmos de inteligencia artificial que ayudan a los humanos a seleccionar personal, a prevenir la criminalidad y, en el futuro, a emitir veredictos del Poder Judicial están sesgados, y los mecanismos con los que estos algoritmos se alimentan no permiten solucionar dicho problema.

El problema de la ética en la inteligencia artificial revela, por tanto, las limitaciones de la confianza en la tecnología: cuando creemos que la tecnología sirve para mejorar la vida humana, estamos creyendo implícitamente que la tecnología es capaz de mejorar moralmente la vida humana, que la moralidad de la tecnología es superior a la de la humanidad. Trasladamos a las máquinas lo que es exclusivamente nuestra responsabilidad. Es un viejo error. El sueño tecnológico no consiste solo en que el hombre tenga mucho poder, consiste también en crear un mecanismo por el cual los hombres ya no tengamos que tomar decisiones moralmente importantes. El sueño es poder soltar la pareja bien/mal, hacer lo que sea para que actuar con justicia no sea la obligación permanente que es. Pasar la patata caliente de las obligaciones morales a las manos de otro.

El dogma humanista del progreso tenía esta función: el progreso económico, tecnológico y social se entendía como el bien. Todo lo que ampliase el progreso tecnológico era bueno. Era la apropiación humanista de la vieja idea estoica —de la que los cristianos

nos apropiamos— de que el universo es providente y de que todo lo que sucede es bueno. Para los humanistas, el progreso tecnológico, como lo fue la Historia para Hegel o para Marx, eran intrínsecamente buenas. Si uno se dejaba llevar por los vientos de la historia, no podía hacer el mal (incluso si lo hacía). Si uno se dedica a la tecnociencia, no puede hacer el mal. Y de repente: las máquinas no saben decidir entre el bien y el mal. No son mejores que los seres humanos. Tampoco saben solucionar el problema del bien y del mal.

No se puede delegar el problema del bien y del mal a nadie. Este problema pertenece a cada ser humano con más de siete años que no esté mentalmente impedido. No puede delegarse el problema del bien y del mal en el sistema económico. No puede delegarse el problema del bien y del mal en los sistemas políticos. No puede delegarse el problema del bien y del mal en la iglesia católica; no puede delegarse el problema del bien y del mal en la tecnología. Ni tan solo puede delegarse el problema del bien y del mal en la ley.

Si lo hacemos, entonces no tardaremos en llegar al siguiente razonamiento: dado que actúo según las leyes del mercado, estoy haciendo el bien. Dado que actúo según los dictados del partido, estoy haciendo el bien. Dado que actúo según la doctrina de la Iglesia católica, estoy haciendo el bien. Dado que actúo según la ley, estoy haciendo el bien. Dado que me ocupo de solucionar el siguiente reto tecnológico, estoy haciendo el bien. Dado que estoy obediendo el algoritmo, estoy haciendo el bien. Esta operación (que denuncié por primera vez, que yo sepa, Platón, en el siglo III a. C., en el mito del *Anillo*

de *Giges*, donde explica por qué mecanismo a las personas se nos permiten ciertas licencias²⁴) consiste en traspasar fuera de uno mismo el problema de tener que escoger entre el bien y el mal. Confiar en que algo externo al hombre puede dictar el bien y descargarlo de su responsabilidad es lo que late detrás de la utopía tecnológica. Crear un mundo sin *loose ends* (Orwell), sin cuestiones pendientes de resolver.

Que se me entienda bien. No estoy diciendo que, si delegamos en las máquinas nuestro deber de decidir entre el bien y el mal, estamos perdiendo nuestra dignidad sagrada. Lo que digo es que tener que elegir entre el bien y el mal hace que la condición humana sea profundamente desgraciada, porque al hombre, a menudo, le falta sabiduría y voluntad para hacer el bien. Porque el bien no está a su alcance.

El bien no está al alcance del hombre; el hombre debe buscar el bien en el interior de una oscura caverna –hete aquí otra forma de expresar su condición desgraciada²⁵–. La crítica a la tecnología no es en este caso que ella nos robe nuestra dignidad, sino que ella oculta nuestra connatural condición desgraciada. Conocer esta condición, ponerla en el centro de nuestro ser, ponerla en el centro de nuestras sociedades es imprescindible para tener alguna posibilidad de actuar con justicia.

Y, finalmente, más críticas...

Todavía hay un puñado de críticas hacia las nuevas tecnologías, en torno a los magníficos inconvenientes que causan, respecto de las promesas que estas tecnologías han incumplido. La

tecnología tenía que liberarnos, y hace lo contrario. Se suele invocar a Orwell, no el de *The Road to Wigan Pier* (el libro que he citado antes), sino al Orwell de *Nineteen Eighty-Four*, en tanto que la tecnología permite una vigilancia constante del ciudadano. Eudald Espluga, en un magnífico libro titulado *No seas tú mismo*, en el que da un buen repaso a la tecnología y a su (satánico) tradicional aliado, el capitalismo, elabora la siguiente lista de agravios:

[...] [L]evan razón: nos espían. Comercian con nuestros datos. Manipulan el debate público a través de algoritmos. Las plataformas alteran nuestra relación epistemológica con la realidad. La *sharing economy* está transformando las ciudades. Los escáneres de reconocimiento facial tienen sesgos racistas. Existen ejércitos de *bots* políticos. La red no es neutral. La tecnología de los dispositivos tampoco. Las tendencias monopolísticas de las grandes empresas de Silicon Valley ponen en riesgo la democracia. La revolución digital ha sido ciertamente una revolución económica, social y cultural, que ha afectado categorías fundamentales de nuestra cotidianidad, como la división entre lo público y lo privado, las formas de interacción social o los límites de lo que entendemos por nuestro ‘yo’...²⁶

La lista puede ampliarse. Es bueno prestar atención, por ejemplo, a otras críticas a la tecnología que ha desarrollado Byung-Chul Han. Es muy interesante su idea de que la tecnología ha suprimido los rituales.²⁷ El proceso es muy sencillo de explicar: la tecnología solo sigue la lógica de la eficiencia. Los rituales son lo opuesto a la efi-

ciencia. El medio tecnológico tiende a suprimir los rituales. ¿Notan lo difícil que resulta reunir a toda la familia para una comida? Sentarse a comer es un ritual (al fin y al cabo, para comer no hay que juntarse con nadie...). ¿Les cuesta encontrar tiempo para cocinar? Cocinar es un ritual que está siendo suprimido de nuestro día a día (y, al final, la comida preparada y la comida envasada es mucho más barata y eficiente). ¿Notan que a los alumnos les cuesta estar en clase? La clase es un ritual (al fin y al cabo, toda la información ya está en Internet...). ¿Notan que nadie escribe cartas? Escribir una carta era, sobre todo, un ritual (pero, al final, hay formas más eficientes de hacer llegar la información...). Seducir (y ser seducido) y lograr hacer el amor con la persona deseada antes estaba sometido a un complicadísimo ritual —para muchos era bastante desalentador—, pero, al final, era todo muy poco eficiente. *Tinder* suprime el ritual. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la guerra estaba sometida a complicados rituales. Desde la primera guerra mundial (y no digamos ya la segunda), el noble arte de matarse ha

abandonado todos los rituales gracias a la siempre eficiente tecnología. Ir al cine era un ritual (hoy ya nadie va al cine: no es eficiente comparado con las plataformas). Quedarse embarazada, concebir un hijo antes estaba sometido a complicados e ineficientes rituales (eliminados por el banco de esperma danés)...

Es que los rituales tenían y tienen una única función: poner de manifiesto unos límites, lamentar unos límites, celebrar unos límites. Una celebración de la impotencia de los seres humanos en relación con el bien. Ya hemos comentado la incompatibilidad metafísica entre la tecnología explotativa y los límites. La supresión del ritual ha revelado la verdad más profunda del ritual: la comida, el conocimiento, las noticias de nuestros seres queridos, el sexo, la concepción, el enemigo, la belleza del arte eran realidades sagradas. Realidades que contienen un bien: el ritual nos recordaba que el bien no está habitualmente a nuestro alcance y que el bien verdadero no está a nuestro alcance en absoluto, porque pertenecía, antes de la era del Humanismo, a un orden superior al hombre.

LA RELIGIÓN ANTIGUA COMO REFUGIO

La auténtica religión de Occidente ya hace un tiempo que dejó de ser el cristianismo. En Europa, más que un proceso de secularización, se ha dado un proceso de sustitución de una religión por otra. ¿Cuál es el papel del cristianismo en un contexto como este?

Las religiones anteriores al Humanismo han muerto

Ningún ciudadano europeo, por mucho que se esfuerce, no puede considerarse a sí mismo un cristiano puro (y, ya puestos, no puede considerarse ni musulmán, ni practicante de ninguna de las religiones tradicionales). Todas nuestras actividades diarias están marcadas por el uso de la tecnología explotadora y nuestras mentes están configuradas para adaptarse a la presencia de las tecnologías. La tecnología es nuestro medio, y no ha existido nunca, ni existe, ni existirá nunca ningún ser vivo, desde el más simple al más complejo, que no esté configurado por su medio y que no sobreviva gracias a la adaptación a su medio.

Simone Weil, por ejemplo, identificaba la civilización medieval que dio lugar al primer arte románico como aquella en la que el cristianismo era el medio. Desde entonces ha llovido mucho, y ya hace unos miles de años que no se construyen iglesias románicas. El actual medio es la tecnología y, tanto los integristas islámicos como los católicos integristas, todos usan Internet para difundir sus mensajes: es a través de Internet que se presentan a sí mismos como auténticos musulmanes o auténticos cristianos, es en Internet donde se enorgullecen de la pureza de su doctrina. También Cristianisme i Justícia se afana por estar en Internet: tiene su web, está en todas las redes sociales, tiene su blog y difunde sus cursos en línea. Todos vivimos en la

misma ficción: que Internet es solo una herramienta y que se puede seguir siendo cristiano o musulmán usando las tecnologías. Esto sería cierto si el medio tecnológico no configurase nuestra mente, si la tecnología fuese neutral, pero, como hemos visto reiteradas veces en este cuaderno, esta neutralidad no existe.

Usar la tecnología supone, en la práctica, aceptar los presupuestos doctrinales de la religión humanista: que no haya nada más sagrado que el hombre y que, en virtud de esta sacralidad, es necesario desarrollar la tecnología como herramienta que da poder al hombre, como el sacramento que expresa mejor que ningún otro la excepcionalidad humana y su sacralidad, la única sacralidad. Para dar culto al Dios de las antiguas religiones, no era necesario tener ni internet ni el motor de explosión, y las civilizaciones cristianas y musulmanas no inventaron ni internet ni el motor de explosión: no lo necesitaban. Encender el ordenador, mirar el móvil es el sacramento que nos arraiga, queramos o no, en el medio tecnológico creado por la religión humanista. ¿Podría alguien proclamar que no es cristiano si viviera en un mundo en el que fuera necesario comulgar diariamente en misa para poder llevar a cabo cualquier tarea? Difícilmente. Entonces, ¿cómo puede alguien proclamarse incontaminado de Humanismo si diariamente tiene que encender el ordenador para llevar a cabo la mínima actividad o tiene que coger el coche o el transporte público? Las religiones anteriores al Humanismo están muertas en Europa: lo que vemos son fósiles, reliquias o –siguiendo una expresión malévola de Orwell– son, la

resaca de una fiesta de la que solo conservamos un recuerdo impreciso.

Intentos de resistencia a la religión dominante

Los integristas cristianos

Los cristianos integristas, pese a todo, se esfuerzan en continuar atacando al Humanismo, sobre todo en sus derivaciones más modernas. Suelen estar en contra del aborto (operación segura gracias a la tecnología desarrollada por el Humanismo y consagrada culturalmente como expresión de la libertad individual), suelen estar en contra de la homosexualidad (consagrada por el Humanismo como opción respetable, como expresión de la libertad individual), critican la eutanasia (defendida por los humanistas bajo la sagrada idea de la dignidad humana y la libertad individual, o como una forma de evitar el dolor, que es otro mandamiento humanista) e intentan extender y conservar tanto como sea posible el pensamiento mágico premoderno, con su creencia en la existencia de los ángeles, los milagros, el cielo y el infierno, el purgatorio (intentan mantener viva, pese a todo, la doctrina de las indulgencias) y fomentan entre sus seguidores una visión profundamente providencialista de la propia existencia. Paradójicamente, muchos de estos cristianos compran uno de los mejores y más exitosos productos del Humanismo: el sistema económico capitalista. No muestran un gran entusiasmo por el desarrollo tecnológico, pero aunque discrepen de sus raíces históricas, en general, gozan de sus frutos como los mejores humanistas.

Los cristianos progresistas

Los cristianos progresistas como los que de algún modo Cristianisme i Justícia representa, sienten una curiosa simpatía por otro producto humanista de menor éxito —el socialismo, que creen ver reflejado los textos del Evangelio—. Tienden más a criticar el productivismo de la presente sociedad, pero más por una idea romántica que porque tengan un programa alternativo a la tecnología. De hecho, nadie lo tiene.

Existe una alianza natural entre el cristianismo progresista y el Humanismo clásico. Según las crónicas, J. Maritain, el creador del Humanismo cristiano, fue una figura clave en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.²⁸ La declaración *Dignitatis Humanae* —no puede haber un título más significativo— es del año 1965: esta declaración del Concilio Vaticano II proclamaba la existencia de la libertad religiosa y de la libertad de pensamiento, idea sostenida ya por los humanistas anticatólicos doscientos años antes, y condenada por los propios católicos en numerosas ocasiones, como en 1864, con el *Syllabus* de Pío IX. El cristianismo llegó al Humanismo tarde, pero lo adoptó con la fuerza de los conversos.

El Humanismo cristiano entiende el cristianismo como una reivindicación y dignificación del ser humano: para los cristianos progresistas, Dios está definitivamente a favor de las personas y la fe lleva al hombre a su plenitud.²⁹ La redención ordenada por la Trinidad no consistía en evitar que las almas fueran al infierno, sino en restaurar la dignidad universal del ser humano. Por eso, hoy, cuando los hu-

manistas+ aplican la lógica del progreso hasta las últimas consecuencias, vacían de contenido el viejo Humanismo y hacen saltar las alarmas de los humanistas cristianos: para los humanistas+ no será Dios, sino la tecnología la que llevará a los hombres a su plenitud.³⁰

El ecologismo

Una nueva religión intenta abrirse paso: el ecologismo. Esta nueva religión quiere poner en duda la idea de la excepcionalidad y la sacralidad suprema de los hombres propia del Humanismo. Y, aunque está teniendo una fuerte influencia global —¡hasta el punto de que los católicos progresistas intentan transformar la religión cristiana en una religión ecológica: si no, véase la *Laudato si'*—, es dudoso que termine arraigando.

Los sacramentos (tecnológicos) de la religión humanista continúan siendo demasiado poderosos; han generado dependencia y nos resultan imprescindibles. La religión dominante del presente, el Humanismo, no es una religión dogmática y adopta y recicla para sus propósitos las expresiones y el programa de la religión ecológica. Esta, hasta el momento, no ha sabido desarrollar sus propios sacramentos. Por la razón que sea, la idea de pasearse por el bosque (generalmente, vistiendo con las últimas novedades del Decathlon) y ponerse a abrazar árboles, no acaba de ser del todo atractivo.

Los sacramentos como refugio

Los cristianos (y también los ecologistas) van a su religión como refu-

gio. Los sacramentos cristianos como la Eucaristía son aún, si se practican bien, un tipo de baluarte cotidiano contra el Humanismo y la tecnología. La misa, propiamente, no necesita tecnología para celebrarse. Más bien, los artilugios tecnológicos le son un estorbo. Tiene magníficas propiedades de fomento del silencio y de la atención (los grandes perjudicados por la tecnología). En misa, se recuerdan textos muy anteriores a la era del Humanismo. Se recitan textos y se repiten credos que no tienen ni pies ni cabeza en la era tecnológica. Leer y escuchar estos textos es un acto de resistencia, y amarlos, conservarlos como tesoros de un pasado anterior a una revolución humanista, tiene como resultado hallar un refugio para el alma, aniquilada por las presiones diarias de la tecnología. Gracias a sus rituales, se puede tener la esperanza de que el cristianismo no desaparecerá del todo, porque permite proporcionar aquello que ni el Humanismo ni la tecnología han sabido igualar: la convicción y la escenificación ritual que el hombre tiene un lugar en el universo. No hay otro refugio contra la tecnología que las reliquias de un pasado pretecnológico, de la fuerza de una civilización que desconocía las aspirinas, los ordenadores, los vuelos con motor o la reproducción asistida.

Pero no se trata de la nostalgia de un pasado desconocido. Se trata de celebrar que Dios decidió compartir la condición desgraciada de los hombres. Y esto resulta igual de relevante tanto si usted vivió antes o después del momento en que, tal y como proclaman los cristianos, Dios se encarnó en Jesús de Nazaret. Toda esta fuerza se concentra en textos como el himno de Filipen-

ses, que afirma que ser hombre es una degradación respecto de la condición divina. El ritual de la Eucaristía, que celebra la autodegradación voluntaria de la divinidad, rebajándose a la altura del hombre, contribuye a colocar al hombre en su limitado lugar dentro del universo. No lo hace mejor y, por descontado, no lo convierte en un ser divino. Simplemente lo ayuda a recuperar su casa; lo ayuda a celebrar su casa.

Por tanto, asistir a misa es una forma de resistir. No hay que desaprovecharlo. Pero existen diferentes éticas de la resistencia, según si uno cree en la salvación individual o no. Yo, en particular, no creo en ella en absoluto.³¹ No existe la salvación individual: el hecho de que yo quiera conservar algunos rituales que, subjetivamente, siento que me permiten resistir, no significa que yo esté fuera del sistema, o que yo esté menos manipulado que los otros, o que me gusten menos las *Ruffles sabor jamón*.³² Ningún ritual compensatorio te coloca fuera de la religión humanista o del medio tecnológico que ha creado. Nadie, ni siquiera una comunidad de supuestos resistentes, puede estar fuera del sistema. El medio tecnológico ha colonizado y condicionado todo el planeta y a todas las mentes. No hay un arca de Noé que nos permita librarnos del diluvio.

Y no hay alternativa al medio tecnológico. Por supuesto, la tecnología es metafísicamente incapaz de ofrecer una alternativa al medio tecnológico en el que vivimos. Pero el cristianismo, por su parte, es hoy absolutamente incapaz de plantear una alternativa general al medio tecnológico en el que vivimos. Es triste, pero es así. No puede desinventar el circuito integrado, la

leche en polvo, el motor de explosión o las patatas fritas con sabor a jamón. Las revistas académicas dedicadas al estudio del futuro hablan abiertamente de «nuestro futuro como cazadores recolectores»³³ —la vena apocalíptica, por lo que parece, no le ha llegado solamente a Xavier Melloni—. Pero es un sueño: sueñan con la eliminación traumática de las máquinas. Es, una vez más, una operación escapista basada en la fantasía, como la de buscar un pasado en el que supuestamente vivíamos en una relación idílica con la naturaleza y Nuestro Señor. Además, tras el sueño de la eliminación traumática de las máquinas, reside una idea espiritualmente peligrosa, a la que ya hemos hecho referencia: la idea de la irresponsabilidad. No solo permite justificarse fantasiosamente diciendo: «Ya os había advertido», sino que la idea del fin del mundo puede dar lugar a ciertas licencias. Ya desde ahora.

No acudimos a la Eucaristía para volvernos menos tecnológicos: ser

tecnológico es hoy la condición de supervivencia. Pero, claro, en cuanto a nuestra actitud hacia la tecnología, que estamos obligados por el medio a utilizar, hay mucho que decir. Como las drogas, la tecnología es útil, adictiva y peligrosa para la salud. Podemos creer en ella, o mirarla con pesar. Ante la fuerza irresistible de la mentalidad tecnológica, que no podemos dejar de adoptar, lo que necesitamos los cristianos hoy es, en primer lugar, ir a misa. Es una interesante operación antitecnológica que está a nuestro alcance desde hace siglos. En segundo lugar, ser muy grandilocuentes con nuestras proclamas.³⁴ Cada uno hará lo que pueda en su reducido ámbito de acción, pero públicamente debemos ser proféticos y dejar clara nuestra posición: la tecnología nos quita muchas más cosas de las que nos da. No podemos dejar en manos de la tecnología el deber de empujar al mundo hacia una dirección determinada. Si lo hacemos, cada vez viviremos más alejados de casa.

1. Nota previa del autor: este cuaderno no contiene ni una sola idea original. Está elaborado a partir de numerosas lecturas. Las ideas más básicas están sacadas de Simone Weil, George Orwell, Josep M. Esquirol, Noah Yuval Harari, entre otros. He intentado indicar la procedencia de las ideas tanto como me ha sido posible, siguiendo la santa convención académica, pero quedan algunas ideas cuya fuente no he podido localizar. Pido disculpas a los autores correspondientes.
2. La mentalidad tecnológica como atajo, Véase MARTÍNEZ, Layla (2019). *La gestación subrogada. Capitalismo, patriarcado y poder*. Logroño: Pepitas, pp. 11-14.
3. Véase ESQUIROL, Josep M. (2011). *Los filósofos contemporáneos y la técnica*. Barcelona: Gedisa, pp. 52-55.
4. Véase ELLUL, Jacques (1964). *The Technological Society*. Nueva York: Vintage Books, pp. 64-79.
5. Véase WEIL, Simone (2005): *La Fuente griega*. Madrid: Trotta, p. 50.
6. Por sus siglas en neerlandés: Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (Vereenigde Oostindische Compagnie - VOC); Cf. HARARI, Yuval Noah (2011). *Sapiens. A Brief History of Humankind*. Londres: Vintage, pp. 352-360.
7. Así, mi excolega en IQS School of Management, NIÑO-BECERRA, Santiago (2020). *Capitalismo (1679-2065): Una aproximación al sistema económico que ha producido más prosperidad y desigualdad en el mundo*. Barcelona: Ariel.
8. Cf. HARARI, Yuval Noah (2016). *Homo Deus. Breve Historia del Mañana*. Barcelona: Debate, pp. 276-287.
9. En cierto momento, la propia Iglesia descubrió que, para financiar negocios, emitir acciones era más rentable que emitir indulgencias.
10. Cabe decir que a los cristianos les cuesta menos, sobre todo a los cristianos tradicionales; para ellos, el mundo era y es una valle de lágrimas, el sufrimiento purifica el alma, etc.
11. Cf. ESQUIROL, Josep M. (2021). *Humano más humano una antropología de la herida infinita*. Barcelona: Acantilado, p. 57, en el que el ser humano ya no se define por su dignidad, sino así: «Delgadez, debilidad y ternura: en todo ello radica la excelencia del humano». En general, creo que el libro entero puede entenderse como una revisión de las creencias fundamentales del Humanismo.
12. CWGO 5, 178. Las citas de Orwell pertenecen a DAVISON, Peter (ed.) (1998), *The Complete Works of George Orwell*, Londres: Secker and Warburg. El acrónimo CWGO es el que se usa entre los orwellianos para referirse a esta monumental obra de veinte volúmenes. El número que figura inmediatamente después indica el volumen al que pertenece la cita, y el número tras la coma, el número de página dentro del volumen. Por lo tanto, la cita pueden encontrarla en la página 178 del quinto volumen, es decir, en *The Road to Wigan Pier*.
13. Cf. HIDALGO, Diego (2021). *Anestesiados. La humanidad bajo el imperio de la tecnología*. Madrid: Catarata, p. 13.
14. *What happens when AI stops playing games? [Paid Content for IBM]* - YouTube [consulta: diciembre de 2021].
15. Para la autonomía de la técnica, véase ELLUL, Jacques (1964). *Op. cit.*, pp. 79-147.
16. HAN, Byung-Chul (2009). *Duft der Zeit. Ein philosophischer Essay zur Kunst des Verweilens*. Bielefeld: Transcript Verlag, p. 40.
17. QUINTANA, Oriol (2019), «L'era de l'homo hámster». Disponible en internet.
18. ELLUL, Jacques (1964). *Op. cit.*, p. 376.
19. ROSA, Hartmut (2019). *Resonancia: una sociología de la relación con el mundo*. Madrid: Katz.
20. HAN, Byung-Chul (2009). *Op. cit.*, pp. 87 y ss.
21. ELLUL, Jacques (1964). *Op. cit.*, p. 376.
22. GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis (1998). *Entre la utopía y la realidad. Curso de Moral Social*. Santander: Sal Terrae, p. 39.
23. Véase RIFKIN, Jeremy (1999). *El siglo de la biotecnología*. Barcelona: Crítica/Marcombo, pp. 187-203.
24. Cf. WEIL, Simone (1994). *La gravedad y la gracia*. Madrid: Trotta, pp. 171 y ss.

25. Discrepamos aquí de ESQUIROL, Josep M. (2018). *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*. Barcelona: Acantilado, pp. 10 y ss.
26. ESPLUGA, Eudald (2021). *No seas tú mismo*. Barcelona: Paidós, pp. 132-133.
27. HAN, Byung-Chul (2020). *La desaparición de los rituales*. Barcelona: Herder.
28. Véase, por ejemplo, SOLÍS, Lucía (2017). «Jacques Maritain en la Declaración Universal de los Derechos Humanos», en *Criterio Digital*.
29. Véase, si no, la propuesta que González Faus hace en su cristología que lleva el significativo título de *La humanidad nueva*, Santander: Sal Terrae (10.ª edición, 2016).
30. Para la acusación de la tecnociencia como culto idolátrico, véase el artículo de FLORENSA, Albert (2004), «El ídolo de la tecnociencia», en VV. AA., *Idolatrias de Occidente*. Barcelona: Cristianisme i Justícia.
31. Tras leer *La resistencia íntima* [ESQUIROL, Josep M. (2015). *La resistencia íntima: ensayo de una filosofía de la proximidad*. Barcelona: Acantilado], yo diría que Josep M. Esquirol sí cree en la salvación individual. El autor se ha considerado un autor político (según nos comentaba a los asistentes al Seminario de Tecnocítica de la Cátedra de Ética de IQS, el 30 de junio de 2022). Y, de hecho, cualquiera puede comprobar una ampliación de la perspectiva política en su libro *La penúltima bondad*.
32. Junto con los pastelitos *Pantera rosa*, que personalmente opino que es uno de los picos tecnológicos de la humanidad.
33. Cf. GOWDY, John (2020). «Our hunter-gatherer future: climate change, agriculture and civilization», *Futures*. Vol. 115, doi.org/10.1016/j.futures.2019.102488.
34. Cf. ESPLUGA, Eudald (2021). *No seas tú mismo*. Barcelona: Paidós, p. 123.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿En qué sentido es apropiado hablar de «mentalidad tecnológica»?
2. ¿Qué diferencia la tecnología antigua de la moderna?
3. ¿Por qué el autor se refiere al Humanismo como a una religión?
4. De las diferentes críticas a la tecnología que expresa el autor, ¿cuál es, en tu opinión, la más preocupante?
5. ¿Por qué ir a misa se ha convertido en un acto de resistencia?

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 224. *La verdad secuestrada*. J. García del Muro, F. J. Vitoria y S. Herrera
- 225. *El coronavirus: espejo de creencias*. Josep F. Mària
- 226. *Recuperar los bienes comunes, reivindicar el buen vivir*. J. Carrera y D. Murillo
- 227. *Sabiduría divina*. J. I. González Faus
- 228. *El desperdicio de alimentos*. J. C. Romero y J. Tatay
- 229. *El reconocimiento de las personas LGTBQ+ en la Iglesia*. M. Escribano y E. Vilà
- 230. *Para qué sirve llorar*. J. Laguna
- 231. *Sobre la tecnología*. O. Quintana

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismejusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismejusticia.net/es/cuadernos

